LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Año XXII. Num. 4.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.

No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.

DIRECTOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.

Al que reuna seis suscriciones se le dará una gratis.

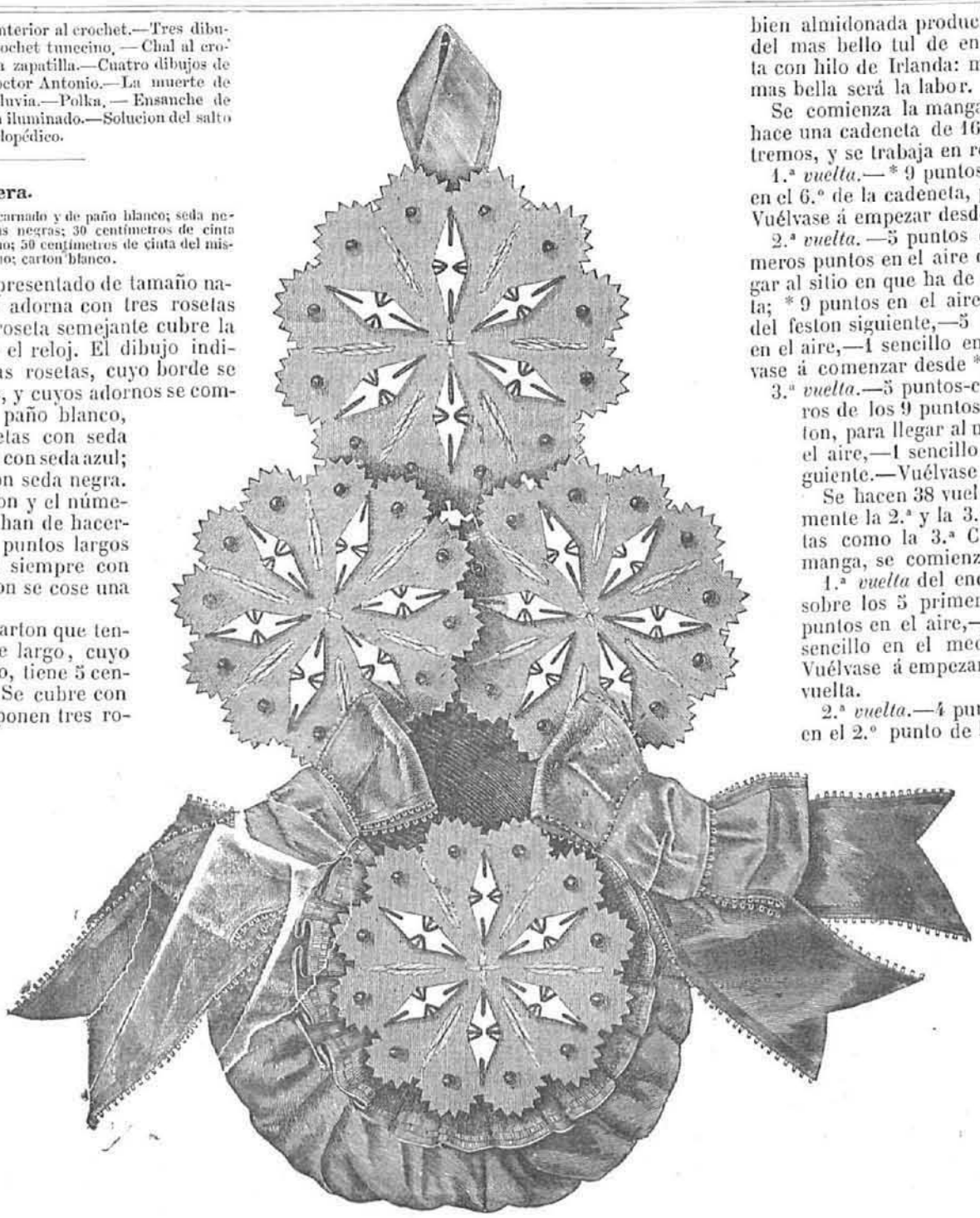
Sumario.—Relojera.—Manga interior al crochet.—Tres dibujos de tapicería.—Colcha al crochet tunecino.—Chal al crochet.—Dibujo de tapicería para zapatilla.—Cuatro dibujos de tapicería.—La Música.—El Doctor Antonio.—La muerte de D. Favila.—El hombre de la lluvia.—Polka.—Ensanche de Cádiz.—Explicacion del figurin iluminado.—Solucion del salto del caballo.—Almanaque enciclopédico.

Relojera.

MATERIALES.—Retazos de paño encarnado y de paño blanco; seda negra, amarilla, azul, verde; cuentas negras; 30 centímetros de cinta encarnada de 8 centímetros de ancho; 50 centímetros de cinta del mismo color de 3 centímetros de ancho; carton blanco.

Nuestro modelo está representado de tamaño natural. La parte superior se adorna con tres rosetas de paño encarnado; una roseta semejante cubre la bolsa que ha de contener el reloj. El dibujo indica las dimensiones de estas rosetas, cuyo borde se recorta con el sacabocados, y cuyos adornos se componen de aplicaciones de paño blanco, cosidas á una de las rosetas con seda verde;—á la roseta opuesta con seda azul;—á las de arriba y abajo con seda negra. El dibujo indica la direccion y el número de los puntos con que han de hacerse estas aplicaciones. Los puntos largos que las separan se hacen siempre con seda amarilla; en cada feston se cose una cuenta negra.

Se coria un pedazo de carton que tenga unos 14 centímetros de largo, cuyo borde inferior, redondeado, tiene 5 centímetros y 1/2 de ancho. Se cubre con terciopelo negro, y se disponen tres rosetas en la parte superior, consultando el dibujo. La 4.ª roseta se pone sobre un disco ó redondela de carton cubierto por la cara de adentro con terciopelo negro. Esta redondela ha de tener de diámetro 4 centímetros y medio.—Se la reune á la otra parte de la relojera (la de detrás) por medio de un bullon hecho con la cinta ancha, dejándole una cabeza de un centímetro poco mas ó menos. En cada lado de la relojera se pone un lazo, y se forma un asa para colgar á aquella de la pared.



RELOJERA.

Manga interior al crochet.

Cuando esta manga esté bien almidonada producirá un efecto semejante al del mas bello tul de encage de dibujos. Se ejecuta con hilo de Irlanda: mientras este sea mas fino, mas bella será la labor.

Se comienza la manga por el borde superior; se hace una cadeneta de 168 puntos, se unen sus extremos, y se trabaja en redondo.

1.ª *vuelta*.—* 9 puntos en el aire, —uno sencillo en el 6.º de la cadeneta, pasando por consiguiente 5. Vuélvase á empezar desde *.

2.ª *vuelta*.—5 puntos cadenetas sobre los 5 primeros puntos en el aire del primer feston, para llegar al sitio en que ha de comenzar la presente vuelta; * 9 puntos en el aire,—1 sencillo en el medio del feston siguiente,—5 en el aire,—1 sencillo,—5 en el aire,—1 sencillo en este mismo feston. Vuélvase á comenzar desde *.

3.ª *vuelta*.—5 puntos-cadeneta sobre los 5 primeros de los 9 puntos en el aire del primer feston, para llegar al medio de él.—* 9 puntos en el aire,—1 sencillo en el medio del feston siguiente.—Vuélvase á comenzar desde *.

Se hacen 38 vueltas, repitiendo alternativamente la 2.ª y la 3.ª, despues otras dos vueltas como la 3.ª Cuando se ha terminado la manga, se comienza el encage.

1.ª *vuelta* del encage.—5 puntos-cadenetas sobre los 5 primeros del primer feston de 9 puntos en el aire,—4 puntos en el aire,—uno sencillo en el medio del feston siguiente.—Vuélvase á empezar desde * hasta el fin de la vuelta.

2.ª *vuelta*.—4 puntos en el aire; * una brida en el 2.º punto de la vuelta anterior,—1 punto en el aire.—Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta*.—* sobre el punto en el aire colocado entre las dos bridas se hace un punto sencillo,—5 en el aire,—1 sencillo,—8 en el aire,—sobre el mismo punto en el aire uno sencillo,—5 en el aire,—1 sencillo,—7 en el aire,—se pasan 4 bridas, y se vuelve á comenzar desde * hasta el fin de la vuelta.

4.ª *vuelta*.—3 puntos-cadenetas detrás sobre 3 de los puntos en el aire del último feston,—* 1 punto en el aire,—una brida,—3 puntos en el aire, una brida,—5 puntos en el aire,—una brida,—3 puntos en

© Biblioteca Nacional de España

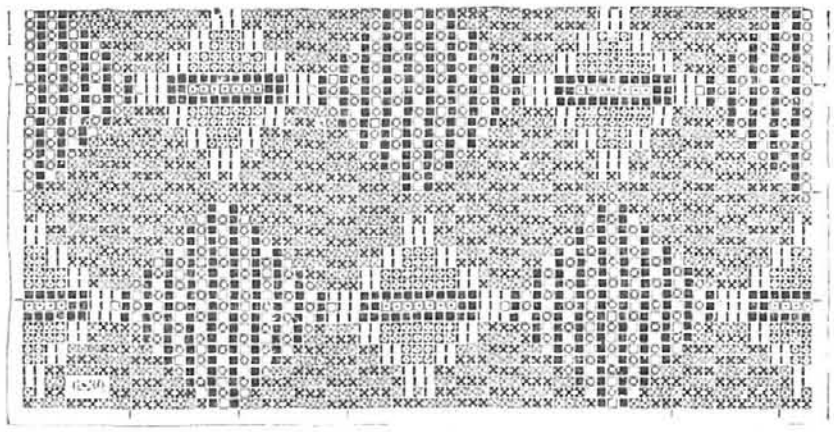
el aire,—una brida,—todas estas bridas se colocan sobre uno de los festones compuestos de 8 puntos en el aire, y se pasa por consiguiente por cima del feston compuesto de 5 puntos en el aire, —*1 punto en el aire*,— *1 sencillo sobre* el feston siguiente compuesto de 7 puntos en el aire. Vuélvase á empezar desde *.

Tres dibujos de tapicería.

Estos tres dibujos servirán para *solpicado sobre tiras de canevas, ó sobre* tiras ó cuadros hechos al crochet tunecino.

Colcha al crochet tunecino.

MATERIALES.—Lana negra, punzó, azul celeste, verde inglés medio color, blanca; seda de Argel amarilla de oro.



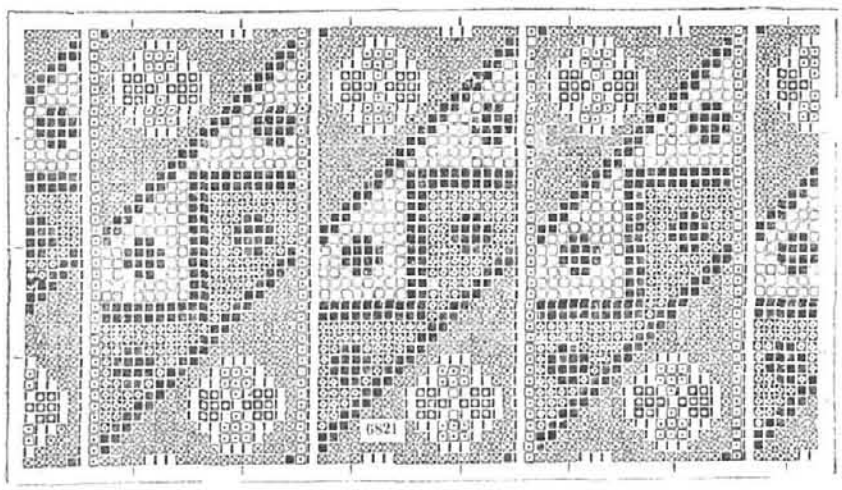
N.° 1. — DIBUJO DE TAPICERIA.— ■Negro. ×Verde oscuro. ⊠Verde medio color. ⊗Castaño. ⊟Gris. ' Seda blanca. □Seda amarilla de oro. ⁻Seda punzó.

Este lindo dibujo ejecutado con lana gruesa de Sajonia, servirá para colcha de cuna ó abriga-piés: hecho con lana céfiro constituirá un precioso tapete de mesa.

Nuestro dibujo se compone de tiras estrechas y tiras anchas, hechas por separado al crochet tunecino, orladas por cada lado con puntos sencillos labrados con *seda amarilla de oro*; *estas tiras se* cosen despues una á otra. Para las tiras anchas (encarnadas) se arman 26 puntos,—para las tiras estrechas (negras), se arman 12,—y se trabaja siempre con el mismo número de puntos. Cuando las tiras se terminan, se hace sobre cada borde largo una vuelta con seda amarilla: se compone alternativamente de 2 puntos hechos en uno solo del borde, y de un punto largo, para el cual se pica el crochet perpendicularmente por cima de tres puntos de la tira. Esta vuelta forma la orla dentada, que en nuestro dibujo rodea cada tira.

Se borda en cruz sobre las rayas encarnadas una especie de flor claramente indicada en el dibujo: los puntos mas oscuros se *hacen con lana negra*, los mas claros con lana blanca,—se emplea la lana verde para los puntos colocados á uno y otro lado de los cuatro y de los dos puntos blancos que se hallan en el medio de la flor,—se emplea la misma lana para la hoja puesta debajo del tallo, y que comienza por cinco puntos blancos. Los otros puntos se hacen con lana azul: entre los puntos hechos en cruz hay algunos que se hacen con seda amarilla, y que son simplemente puntos atrás, que tienen el largo de la cruz junto á la que están colocados. Se repite esta flor en todo lo largo de la tira, dejando un intervalo de tres filas de crochet tunecino, pero en disposicion encontrada, es decir, que el tallo debe hallarse una vez á la derecha y otra á la izquierda y así sucesivamente.

Se unen las tiras por el revés cosiéndolas con seda amarilla. Cuando la labor se ha terminado se atan hebras de lana negra á las tiras encarnadas, y encarnadas á las *tiras negras*.



N.° 2.—DIBUJO DE TAPICERIA.— ■Negro. ⊠Lila. ⊡Verde oscuro. ⁻Verde mas claro. ⊟Gris oscuro. ⁻Gris mas claro. ' Seda blanca ó seda maiz.

Chal al crochet.

MATERIALES. — 160 gramos de lana gris perla; 25 gramos de lana negra (todas lana céfiro); un crochet de madera muy largo del n.° 3.

Este chal se hace al crochet tunecino sencillo.—Se toma la lana negra y se hace una cadeneta de 355 puntos, sobre la cual se vuelve haciendo la vuelta de derecha á izquierda; al fin de ella se deja la lana negra, se ata la blanca, y se forma la vuelta de izquierda á derecha; en esta última vuelta se comienza el menguado, que debe repetirse en el mismo sitio en todas las vueltas siguientes. Este menguado *se hace pasando al mismo tiempo* al *través* de los dos últimos puntos de la vuelta anterior, de modo que componga un punto solo:—otro tanto se hace para los dos primeros puntos,—se repite el menguado en el medio, haciendo un solo punto con el 176.° y 177.°,—con el 179.° y el 180.° El punto que separa estos dos últimos menguados se hace siempre aisladamente. Los puntos que se hacen juntos se toman, en las vueltas siguientes, como un punto solo.

La vuelta que sigue (de derecha á izquierda) se hace sobre el revés de la labor, con la hebra negra, la cual no se ha cortado; se pica el crochet en el lado perpendicular de los puntos, de modo que la *cadeneta blanca aparezca por el revés*, y *forme por* el derecho un punto que parezca tomado al revés (véase el dibujito que representa la orla del chal). La vuelta de izquierda á derecha se hace con la lana blanca. Se labran en seguida 16 vueltas, como de costubre, con la lana negra, por el *derecho* de la labor. Las cuatro vueltas siguientes se hacen como las cuatro primeras que preceden á estas 16.

Se ata lana gris, y se hacen 64 vueltas: la 63 debe tener 185 puntos; en la 64 (de izquierda á derecha) se principia el menguado de los hombros: al principio y al fin de esta vuelta se mengua un punto como de costumbre; se desmontan en seguida 27 puntos unos despues de otros.—despues 3 juntos, — luego 24, unos despues de otros, y luego 3 juntos,—30, unos despues de otros,—finalmente, 3 juntos; se hace el punto del medio, y se repiten en el otro lado los menguados que se acaban de indicar.

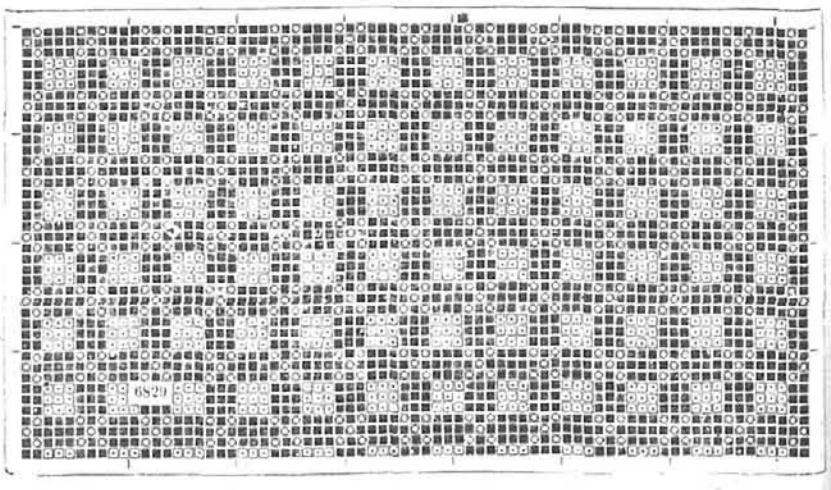
Se hacen en seguida 24 vueltas con la lana negra y la blanca, semejantes á las cuatro primeras vueltas, esto es, hechas alternativamente por el derecho y por el revés de la labor.

Se continúan durante estas 24 vueltas los menguados indicados, en los mismos sitios: los de los hombros forman una punta, porque el punto que hay que menguar se toma de entre los que hacen parte de los colocados entre los menguados de los hombros. En las seis primeras vueltas, el menguado se verifica pasando á la vez al través de dos puntos: el menguado es de tres puntos, delante y en el medio de detrás, en las vueltas siguientes hasta la 20: se verifica en los hombros, solo en las vueltas 8.ª y 16. *Todos los demás menguados se hacen* sobre dos puntos tan solo.

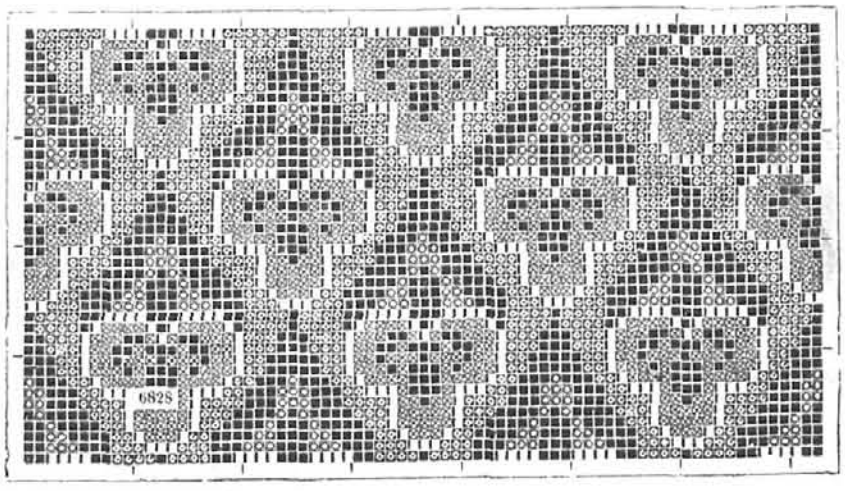
La vuelta 22 deja por cada lado algunos puntos libres: comienza y acaba dos ó tres puntos antes ó despues de los hombros, y se hace, por tanto, solo en el medio; la vuelta 23 se compone no mas que de 22 puntos por cada lado del menguado del centro.—El chal está concluido: se hace sobre el borde interior (abertura del cuello), de un delantero á otro, una vuelta de puntos-cadenetas con la lana negra, y se orla todo el chal con una vuelta gris, compuesta alternativamente de un punto sencillo y de uno en el aire, bajo el cual se pasa siempre un punto de la vuelta anterior; sobre la vuelta gris se hace una *negra, compuesta alternativamente de 3 puntos en* el aire y de uno sencillo, siempre colocado sobre el punto en el aire negro; se orla esta última vuelta con una de lana blanca: se toman sobre el crochet cierto número de aquellos bucles negros formados por puntos en el aire: se trabaja de izquierda á derecha; entre cada bucle se hacen dos puntos en el aire,—con un tercer punto en el aire se deja caer el bucle fuera del crochet, — cuando todos estos bucles se han desmontado, se toman otros sobre el crochet, y se continúa del mismo modo.—En estas tres últimas vueltas, se crecen algunos puntos en cada una de las puntas del chal por delante.

La greca que adorna la orla se hace como *la orla indicada para el corpiño* de niña (véase el n.° 51). Se toma la lana gris y se trabaja sobre las 16 vueltas negras; se toman sobre el crochet * 7 puntos á lo largo,—luego 5 á lo ancho,—5 á lo largo,—y 5 á lo ancho por detrás, de modo que se venga á caer sobre la misma línea que los primeros 7 puntos; se vuelve á comenzar desde *: se desmontan todos los puntos, despues se hacen con lana blanca junto á estas vueltas otras dos semejantes.

Por la abertura del cuello se pasa un cordon gris de 70 centímetros de largo, adornado en cada extremo con una borla gruesa, compuesta de 100 hebras que tengan 8 centímetros de largo.



N.° 3.—DIBUJO DE TAPICERIA.—■ Lana negra. ⁻Seda encarnada. ⁻Seda amarilla mate.



N.° 4.—DIBUJO DE TAPICERIA.—■Lana negra. ⊡Lana lila. ⊠Lana gris medio color, -Seda blanca. ⁻Seda amarilla.

© Biblioteca Nacional de España

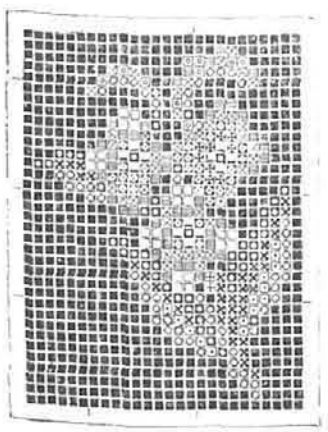
Dibujo de tapicería para zapatilla.

MATERIALES.—Canevas; lanas y sedas de los colores que se indican debajo del dibujo.

Puede *ejecutarse indiferentemente sobre canevas grueso* ó fino. Se compone de listas, hechas las unas en cruces y las otras á punto largo, cuya direccion se indica. Este último punto está hecho en nuestro modelo con lana negra y lana gamuza: imita una trenza.

Se ejecutan primero las listas en cruces, dejando entre ellas un espacio de 6 cruces (12 hilos del canevas); este intervalo se llena con dos filas encontradas de puntos al sesgo, cada uno sobre tres cuadros del canevas: cada punto está separado del siguiente por dos hilos del canevas: se hacen alternativamente por cada lado 3 puntos con seda gamuza, —3 puntos con *lana negra*. Los puntos de la fila opuesta deben picarse en el mismo hueco que los anteriores, pero con los colores encontrados y colocando el gamuza junto al negro,—y el negro junto al gamuza.

Este dibujo puede servir tambien para sillon,—tapete, cofre de madera etc.



N.° 1.—TAPICERIA.

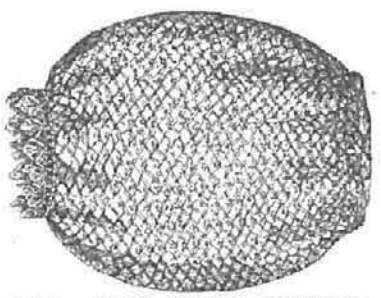
Explicacion de los colores: ▪Negro. ▫Amarillo. ▫Blanco. ▫Azul muy claro. ▫Id. menos claro. ▫Id. medio color. ▫Id. oscuro. ▫Id. muy oscuro. ▫Verde muy claro. ▫Id. menos claro. ▫Id. medio color. ▫Id. oscuro. ▫Encarnado claro.

Cuatro dibujos de tapicería.

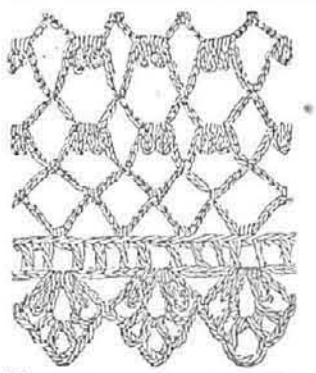
Nuestras lectoras hallarán en estos cuatro dibujos el medio de utilizar todos los retazos de lana; se podrán en efecto formar con ellos tapetes de cuadros iguales en tamaño, diferentes solo por el dibujo y los colores,—sillones, cogines, taburetes, *cofres, etc.*,—y *empleando* canevas fino, se podrán utilizar para zapatillas, sacos de viage etc. El efecto de estos dibujos, llamados arabescos, es mas bello cuando se emplea la seda para los colores claros.

LA MUSICA.

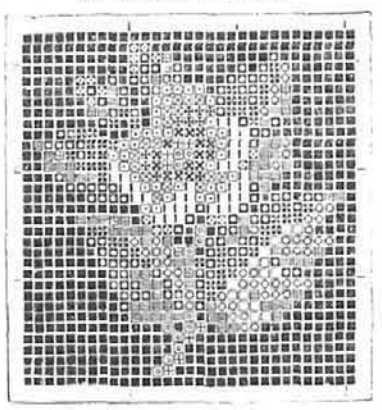
La música es el único lenguage que deberian hablar los seres perfectamente organizados.



L.° 1.— MANGA INTERIOR AL CROCHET.



N.° 2.—DIBUJO DE LA MANGA INTERIOR EN TAMAÑO NATURAL.



N.° 3.— DIBUJO DE TAPICERIA.

Explicacion de los colores: ▪Negro. ▫Amarillo. ▫Bronce claro. ▫Id. menos. ▫Rosa claro. ▫Id. menos. ▫Blanco. ▫Gris claro. ▫Id. menos. ▫Id. oscuro. ▫Verde muy claro. ▫Id. menos. ▫Id. medio. ▫Id. mas oscuro. ▫Id. muy oscuro.

Toda alma sensible experimenta los mas dulces afectos al oir uno de esos pensamientos arrebatadores, que solo se formulan por genios que se llaman Bellini, Mozart ó Meyerbeer. Y la fibra del corazon recibe una mas irresistible sacudida si esos pensamientos son interpretados por otros genios llamados Malibran, Frezzolini, Rubini, Ronconi ó Mario.

Los primeros crean: los segundos dan vida á esta creacion.

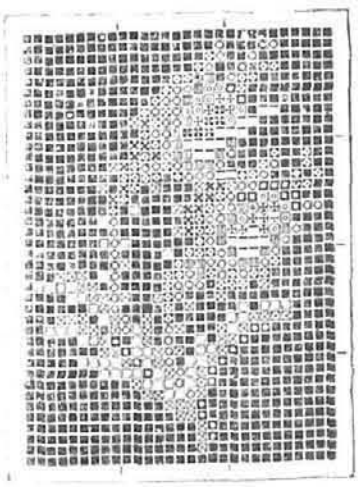
Los primeros, al trasladar al papel las inspiraciones de sus almas de fuego, dejaron tras sí un rastro luminoso.

Los segundos, semejantes á las antiguas sacerdotisas, son los encargados de que la llama brille siempre en su mas puro *explendor* y de que no desaparezca nunca su lumbre inmortal.

La creacion de los grandes músicos seria una creacion imperfecta si el soplo del artista no la vivificara de período en período en los templos del divino arte.

Pero para que estos artistas sean dignos de compartir *con aquellos genios* la gloria, es necesario que haya entre ellos, á través del tiempo y del espacio, un misterioso vínculo que identifique sus almas en una sola; que las funda.

La música, que tiene sobre la pintura y la estatuaria la ventaja de conmover, de electrizar á un pueblo entero, cuando halla verdaderos intérpretes, tiene á su vez la desventaja de que si le falta la perfeccion *de una ejecucion* sublime, quedan ocultas sus mayores bellezas, cuando no sustituidas por una inaguantable parodia.



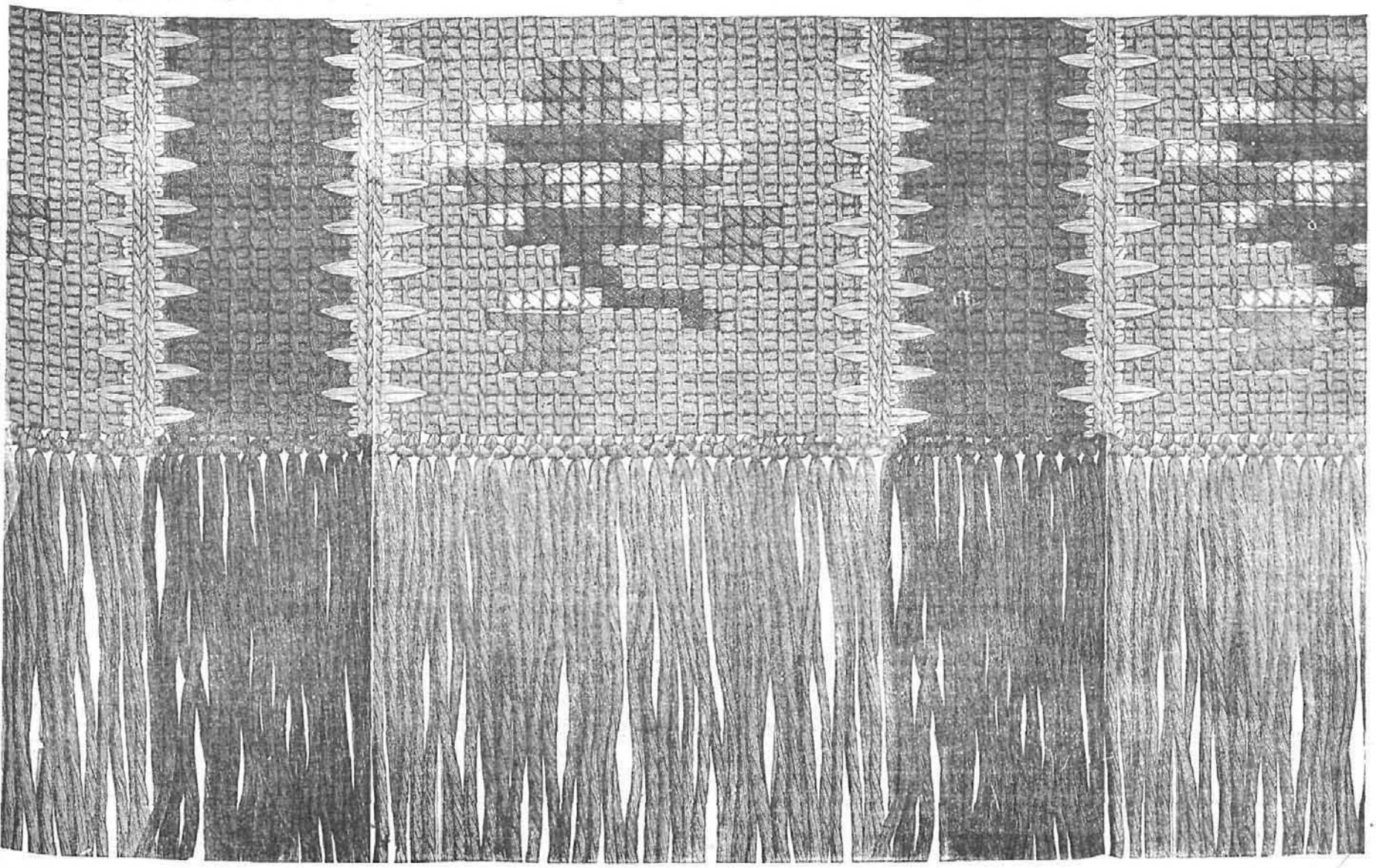
N.° 2.—DIBUJO DE TAPICERIA.

Explicacion de los colores: ▪Negro. ▫Verde muy claro. ▫Id. menos. ▫Id. medio. ▫Id. oscuro. ▫Id. muy oscuro. ▫Rosa muy claro. ▫Id. menos. ▫Id. medio. ▫Id. oscuro. ▫Castaño claro. ▫Id. menos. ▫Id. oscuro.

La pintura y la estatuaria solo han menester manifestarse á la vista para que el que contempla los acabados modelos de un Rafael ó un Miguel Angel, quede extasiado ante los prodigios del arte, que son otros tantos destellos de la divinidad, trasmitidos por la divinidad misma á seres á quienes se complació en dotar de una magnífica perfeccion: la del genio creador.

Pero la música, sin inspirados *cantantes*, sin *inspirados* instrumentistas, ¿qué seria, qué es?

Colocad, no ya delante de la multitud, sino ante una mi-



COLCHA AL CROCHET TUNECINO.

© Biblioteca Nacional de España

rada inteligente, la partitura del *D. Juan*, de *Norma*, de *Los Hugonotes*, y ¿qué habreis conseguido?

La multitud apartará sus ojos de un papel lleno de *signos ininteligibles* para ella, no pudiéndose convencer de que cada uno de estos signos es un lamento, un suspiro ó un grito de horror.

El inteligente tendrá una *percepcion interna*, admirará la extructura de aquella composicion; pero *¿sentirá?*

Por el contrario, llevad á esa multitud á un teatro cuyo escenario esté destinado á cantantes é instrumentistas de genio, inspiracion y facultades verdaderamente artísticas.

Los *signos ininteligibles* de la partitura se convertirán en irresistibles sonidos, en grandiosos acordes, en sentidas melodías que erizan los corazones, que conmoverán el alma, que la elevarán al éxtasis mas arrobador.

Y si la multitud es creyente, en medio de su arrobamiento, elevará sus ojos al *cielo, como en* testimonio de que solo la Divinidad puede comunicar á la fantasía del compositor esos pensamientos tan magníficos, tan imperecederos.

La música que, si llegara á ser la lengua universal, habria acabado con todas las malas pasiones que germinan en la tierra, no podria ostentar *todas sus maravillas*, si no contara con el poderoso auxiliar de la ejecucion perfecta.

La *Casta Diva* de *Norma*, esa inspirada invocacion, no pasa de ser una *sucesion de sonidos* cuando es un organillo el que la modula.

Pero oid tan bello motivo á una inteligente artista. La Pasta, la Grissi, hace años: hoy la Penco, la Lagrange, con su túnica blanca y flotante, con la frente radiante de entusiasmo, con la mirada de fuego de la artista inspirada, empuñando la hoz de oro que debe segar el sagrado muérdago, *il sacro vischio*, lanzan al espacio las notas purísimas de su privilegiada garganta; y ¿qué sucede?—Aquella melodía tan sentida, aquella invocacion á la *Casta Diva*, que en el nómade organillo, os causa hastío y enfado, por lo muy *conocido del motivo, cuando se lo oís á una primadonna* de nombre europeo, universal, os conmueve, os electriza, os arrebata y por un impulso superior á vuestra voluntad, alfombrais de flores el suelo en que se alza la encina misteriosa, en que se apoya la sacerdotisa drúida; si sois mujer, arrojais á las plantas de la artista vuestro mas preciado brazalete, rindiendo así culto al genio, destello divino de la Omnipotencia infinita; confundiendo en un solo triunfo la presea debida al compositor y á la intérprete, á Bellini que sabe encontrar siempre, para herirla, la fibra mas delicada de vuestro corazon, y á la artista que acierta á dar vida á los pensamientos del inmortal cisne, que *murió cantando* una tierna elegía, un suspiro de amor.....

Vuestro arrebato, en medio de cuyo paroxismo no vacilais en desprenderos de la flor que os dió quizás la mujer querida, del brazalete, recuerdo tal vez del enamorado amante, os hace olvidarlo todo y *posponerlo* en un momento de ardiente exaltacion á lo que habeis acabado de oir, al irresistible mágico efecto de la frase musical, que halló una digna intérprete de tan sublime inspiracion.

Y sin embargo, esa misma *Casta Diva* os acomete en una calle, horriblemente desfigurada por un organillo, que es el medio de que una pobre madre se vale *para no humillarse á implorar la caridad* pública para el hijo que lleva en la cuna, — carretoncillo que ella misma arrastra. (1)

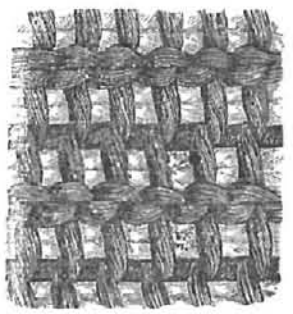
Los desapasibles, desafinados y chirriantes sonidos del organillo os crispan los nervios; os hacen huir del sitio en que dá al aire sus sonatas, sin que ni por *caridad siquiera*, os pareis á contemplar la dulce, insípida é inocente mirada del niño colocado en la cunita. No os acordais de que las notas desacordes de aquella *Casta Diva* os piden una *limosna por amor de Dios*, una miserable moneda de cobre con la cual la fatigada madre podrá comprar pan para alimentar aquel dia al hijo de sus entrañas. Vuestra crispatura de nervios, producida por el son inarmónico del organillo, os hace ser duros de corazon, cierra vuestra alma al dulce y piadoso sentimiento de la caridad; y todo ¿por qué?

La melodía era la misma; la que la noche antes *visteis á la afamada y feliz artista, á cuyos piés arrojásteis una joya de valor*; pero lo que tomais como *profanacion* del arte y que castigais cerrando vuestra alma á la compasion, es el lamento de una acongojada madre que no tiene valor para pediros una limosna y que en su *decente miseria* apela á la inocente supercheria de *sonadora de un organillo*, supercheria, por otra parte, que es posible le haya costado ser tenida, en alguno de los pueblos mas atrasados de España, por una vagabunda, por una mujer de malas costumbres....

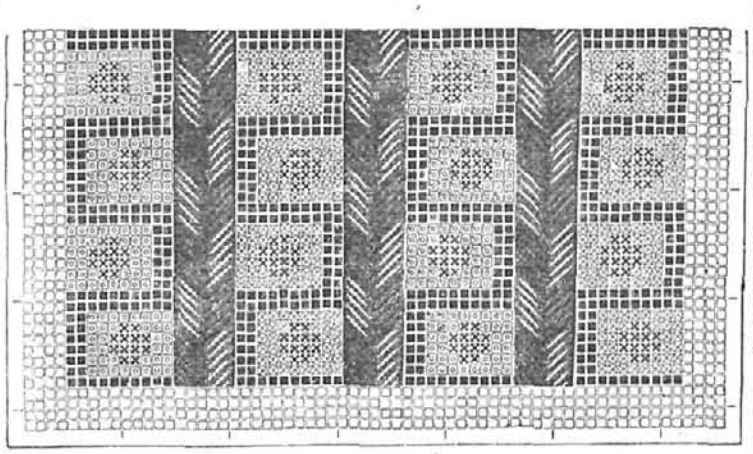
Se cuenta de Paganini, que un dia que paseaba por una de las calles mas concurridas de París, vió á un pobre ciego que rascaba un mal violin sin que ninguno de los transeuntes parase mientes en el infortunado mendigo.

El célebre violinista se avalanzó, al ver tal indiferencia del público, al miserable violin del ciego, le tomó en sus manos, se apoderó *del arco*, se quitó el sombrero que colocó á sus piés y empezó á ejecutar una de sus mas inspirables fantasías.— En un instante, un millar de personas aplaudian frenéticamente al rey de los violinistas y una lluvia de monedas de oro y plata, al caer en el sombrero del génio músico, convertido en aquel momento en genio de la caridad, servia de acompañamiento á las notas que salian de su arco vibrante, acaso nunca de tan mágico efecto como en tal ocasion en que salvaron á un desgraciado de las garras de la miseria, en que le constituyeron una modesta fortuna.

CHAL AL CROCHET.



PUNTO DEL CHAL EN TAMAÑO NATURAL.



DIBUJO DE TAPICERIA PARA ZAPATILLA.—▪Negro. ▨Violeta. ▤Color leonado. ▩Seda amarilla.

Acordaos de esta anécdota cuando paseis al lado de un pobre y desamparado músico ó de un infeliz organillista que tiene que *sustentar á una numerosa* familia, sufriendo las inclemencias de las estaciones, los rigores del cansancio, el fallecimiento de una hambre prolongada.....

La música que tales y tan distintos sentimientos produce, cuando se emplea en cantar las grandezas de Dios en el templo cristiano, afirma en su fé *al creyente, le infunde al tibio*, disipa los errores del incrédulo, convierte al infiel, obra milagros, en fin.

Con la música, el valiente se hace temerario y al compás de un aire guerrero, coloca su pecho sobre la boca del cañon enemigo, próximo á vomitar la muerte y la destruccion; el soldado bisoño se hace un héroe y confundiendo con el marcial estruendo un ¡viva! á su rey y su patria, se lanza por entre los batallones contrarios, asalta una brecha y arranca la bandera de donde momentos antes ondeaba gloriosa y nunca abatida.

La música habla al alma, al corazon y á los sentidos; y para concluir este desaliñado artículo como le comenzamos, repetiremos: que la música debia ser el lenguage de todos los seres perfectamente organizados.

JOSÉ ORTEGA.

—28—

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

Pero al cabo llegó un dia, dia triste, en que la vizcondesa hizo el valance de su situacion, en que vió su sueño de amor y de felicidad desvanecido como un brillante meteoro y entonces *el sombrío enojo comenzó á enroscarse* como una serpiente en torno de su corazon.

Si Lucy hubiese tenido la dicha de ser madre, si hubiese tenido un hijo adorado para desahogo de las riquezas de su alma, todo se habria gobernado. Pero no lo quiso la Providencia.

Lord Cleverton habia deseado un heredero con todo el ardor de un jefe de dinastía nueva; pero tenia bastante educacion y generosidad para disimular con toda su fuerza su amargo desengaño.

Sin embargo la perspicacia natural de la vizcondesa la condujo muy luego á notar que además de las preocupaciones políticas una cosa pesaba en el espíritu de su marido; y á fuerza de buscar dió con lo que era.

¡Qué pronto adivinamos lo que debe hacernos infelices!

Este descubrimiento puso el colmo á las torturas de Lucy, que comenzó á pasar las noches anegada en llanto. ¡Cuántos de esos personajes elevados con su rango y sus riquezas, objetos de envidia para el vulgo que los considera como soles resplandecientes, como astros sublimes; cuántos de esos grandes de la tierra ofrecen al ojo espantado que los examina de cerca temores ocultos, llagas abiertas que hacen de ellos objetos de lástima!

Lord Cleverton acabó por notar la alteracion del rostro de su mujer y sus frecuentes accesos de distraccion, y esta observacion le causó tanto disgusto como pena. Aquella gracia admirable, aquella conversacion tan rica, tan natural, tan animada, que habia atraido en su derredor á los hombres mas graves de la política, lo mismo que á los árbitros de la moda, se habia cambiado poco á poco en una cortesía monótona y puramente oficial.

Lord Cleverton que tenia vanidad en que hablaran de su casa como de una de las mas agradables de Lóndres, pues esa reputacion podia tambien *en sus cálculos servir sus ambiciones*, lord Cleverton seguia con un descontento creciente, bastante visible en su persona, las alternativas de alegría y de tristeza de su mujer.

Conociendo Lucy que la vista del vizconde estaba fija en ella, trató de ocultar con sonrisas perpétuas el abatimiento, que la consumia. Así se estableció la violencia en los dos; el tiempo ensanchó la brecha, y el marido y la mujer llegaron á ser cada dia mas extraños el uno al otro.

No pretendemos desarrollar la situacion; nos

(1) En Madrid ha andado mucho tiempo por las calles una pobre mujer con un organillo que tenia este objeto.

© Biblioteca Nacional de España

contentamos con indicarla.

Sin embargo, al mismo tiempo que se debilitaban la energía y la salud de lady Claverton, sus deberes de ama de casa, en uno de los palacios mas espléndidos y mejor frecuentados de la capital, se le hacian mas pesados, y nunca lo fueron tanto como en la primavera de 1847. El ministerio no estaba firme, y se hablaba de un nuevo gabinete en el cual la opinion pública señalaba un puesto importante á lord Cleverton.

Todas las ambiciones grandes y pequeñas estaban alerta, y ninguna se mostraba mas activa que la del marido de Lucy. Otro asalto desesperado, otra derrota del gabinete, y llegaba al poder, se cumplia lo que tanto deseaba.

La casa de lord Cleverton viene á ser el cuartel general de su partido; allí en medio de los esplendores del salon de baile, de los estrepitosos gorgeos de los cantantes italianos y alemanes, se fijaban los sufragios dudosos, se repartian los puestos y se ordenaba el plan de campaña.

Habia llegado el momento en que las maneras fascinadoras de la jóven vizcondesa y el encanto persuasivo de su conversacion iban á consumar todas las maravillas con que lord Cleverton habia contado cuando pensó por primera vez en casarse con Lucy.

Así pues, la suplicó que no faltara á la córte, que aceptara todos los convites, vinieran de Su Gracia ó de Su Excelencia, ó aunque fueran de un miembro de la seccion de Manchester.

Lucy debia mostrarse donde la moda quiere que se presenten las mujeres de alto tono, y á fin de triunfar debia hacer ver constantemente que estaba ya segura del trinnfo.

Lady Cleverton ejecutó este programa, sin ruido, sin ostentacion, con la mayor serenidad. Su marido lo admiró y se sorprendió, y luego se sintió agradecido. Al verla cómo se conformaba á todos sus deseos y entraba en todas sus miras, hizo nacer una duda en el espíritu del noble lord sobre la cuestion de saber si habia sido para ella lo que habria debido ser, y se propuso enmendarse en el porvenir así que saliera de la crísis actual.

Pero era demasiado tarde.

Lord Cleverton en medio de sus intrigas y de sus proyectos ambiciosos cogió una fiebre y murió en pocos dias. Murió con la duda de haberse engañado de camino para ir á la felicidad, y bendiciendo al ángel que le asistió, le cuidó y le consoló tiernamente y sin descanso hasta que hubo exhalado el último suspiro.

La jóven viuda, cuya salud y moral se hallaban profundamente afectados, se retiró á Davenne, donde la mucha edad y unos terribles ataques de gota tenian á sir John preso hacia dos años.

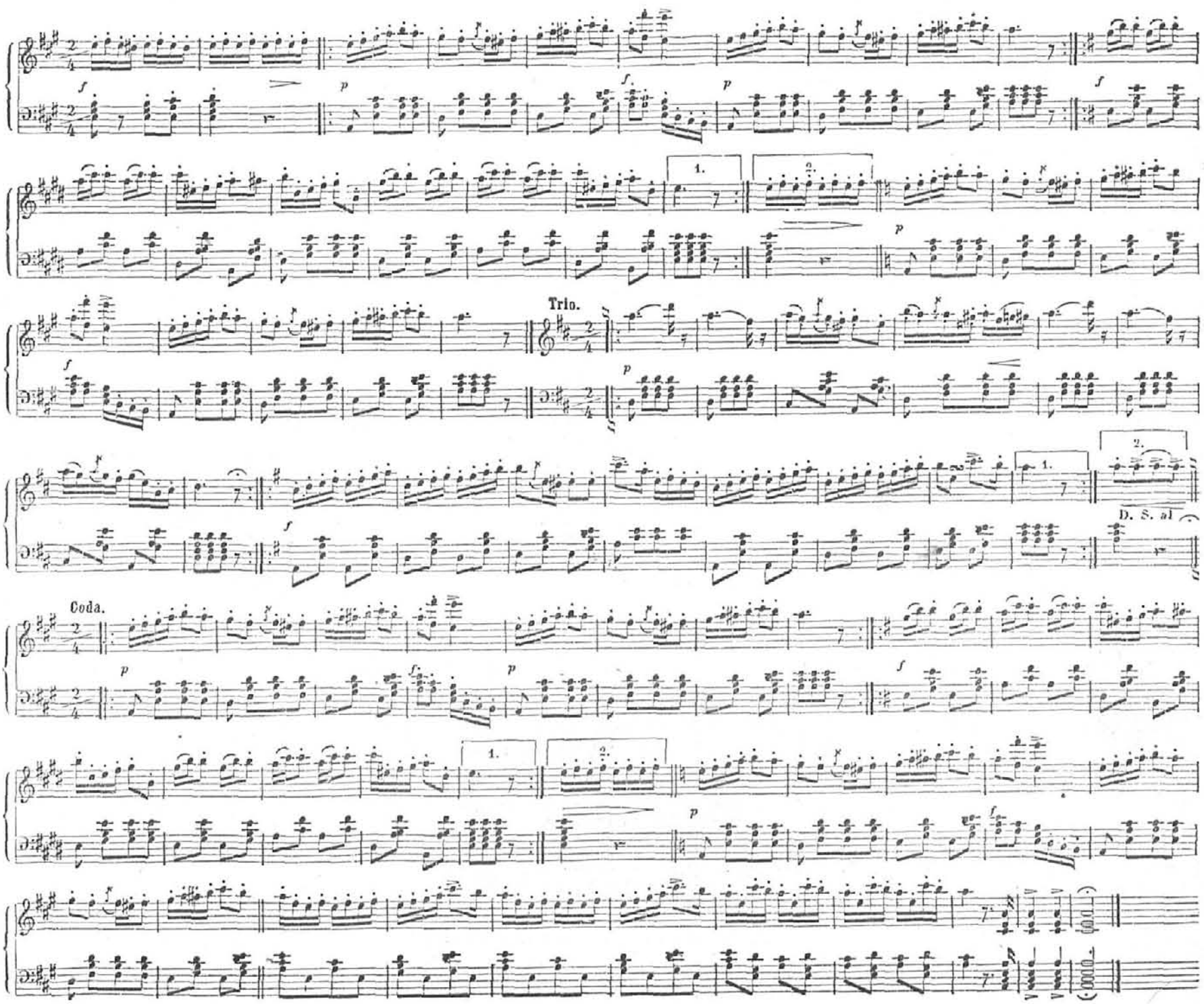
El tierno padre se espantó á la vista de su hija, y se alarmó mucho mas al conocer el estado de profundo desaliento en que la veia sumerjida.

Lucy estaba como moribunda, y nada podia quebrantar la firme conviccion en que se hallaba de que estaban contadas sus horas.

Sir John hizo cuanto pudo para que ahuyentara tan tristes presentimientos; pero en vano. Por fin se le ocurrió al baron la idea de que viajara.

—¿Por qué lo que habia salido bien una vez no habia de salir otra? ¿Por qué no habia de marchar á pasar algun tiempo en Bordighera á los cuidados del doctor Antonio? Seguramente hace ocho años estaba mucho mas delicada que ahora; ¡y con cuánta rapidez el médico italiano la habia devuelto la vida!

Probablemente el conde le alquilaria su casino, ó bien podrian suplicar al doctor que fuese con ellos á Roma. Sir John estaba seguro de que el doctor Antonio lo haria todo por ella. El digno baron habia tocado la



© Biblioteca Nacional de España

cuerda sensible, y notando su ventaja, reiteró sus argumentos.

Desde entonces el doctor Antonio y Bordighera, Bordighera, y el doctor Antonio, y la posada, y Speranza, y Battista, esos nombres que hacia mucho tiempo no se pronunciaban, se hicieron el tema diario de la conversacion en Davenne Hall.

Recuerdos adormecidos se despertaron, y antiguas relaciones de ideas reconquistaron toda su fuerza vivificando el corazon de Lucy.

Un rayo de esperanza vino á brillar en su espíritu *abatido*.

Si; si habia alguna cosa que podia salvar á la pobre Lucy, eran los cuidados de su buen doctor, era el aire embalsamado de la dulce Riviera.

En consecuencia de esto se resolvió que apenas pasara el primer año de luto, Lucy y su padre partirian para la Riviera.

Lucy esperó este momento con una especie de impaciencia nostálgica. Pero cuando al fin llegó, el pobre sir John estaba clavado en su asiento por un ataque de gota mas fuerte que de costumbre.

El baron no quiso sin embargo consentir en ninguna dilacion por parte de Lucy, y exigió que se marchara al punto; pues amigos y médicos estaban de acuerdo para aconsejar que la vizcondesa saliera de Inglaterra antes de que soplaran los vientos de marzo.

Sir John se reuniria con ella en Bordighera, en Roma ó en Nápoles; pero era menester que al instante se *pusiera en camino*.

Como Lucy no queria ir tan lejos de su país sin llevar mas que criados, tomó una señora de cierta edad para que la sirviera de compañera de viaje, y partió con direccion á Paris á mediados de febrero de 1848.

Deseando con ansia llegar á Italia, no se detuvo en Paris, y así Lady Cleverton pudo continuar su viaje antes de la aparicion de las barricadas republicanas.

Una vez en Niza su impaciencia llegó al colmo.

No quiso ni tomar algunos dias de descanso; pero en su exquisita sensibilidad, temblando con la idea de dejar ver á una extraña las emociones que sabia muy bien habrian de despertarse en ella al aspecto de los lugares que iba á visitar de nuevo, dejó á su compañera en la *fonda*, y *seguida únicamente de la fiel Hutschin* y de un criado, marchó á Bordighera con la impaciencia febril de una persona cuya existencia depende de un golpe de la fortuna. Ahora queria vivir, y en cuanto á médicos, no habia mas en el mundo que el doctor Antonio que pudiese darla la vida.

Lucy mantenia una especie de supersticion acerca de este punto.

Por fin el carruage pasó el promontorio de Bordighera, y el valle se abrió á sus ojos. Lucy se inclinó adelante para abrazar con una mirada todos los detalles de aquel paisaje en otro tiempo tan familiar, y su corazon desfalleció. ¿Qué es lo que daba á la pobre posada, á la huerta y aun á la misma orilla del mar, el aspecto de abandono y desolacion que prestaban?

En la turbacion creciente de su alma no pudo ver ninguna cosa distintamente, aunque vió lo bastante para comprender que por una causa cualquiera se habia operado un gran cambio en aquellos sitios.

Manda parar el coche y se precipita temblando en el sendero. La puertecilla apenas se sostiene por medio de un gozne desencajado, como si hiciera siglos que no la habia atravesado ningun ser humano; el jardin es un *desierto lleno de espinas y de yerba*; el *bosquecillo* de limoneros y naranjos tan verdes en otro tiempo, no es mas que un conjunto de troncos partidos, diseminados, que parecen esqueletos; las pocas hojas secas y rojizas que cuelgan aun de las ramas, parecen haber sido abrasadas por el rayo; *toda la casa está llena* de grietas y agujeros; se diria que está á punto de desplomarse. Las ventanas que no yacen por el suelo están herméticamente cerradas. Todo en las cercanías presenta las señales de un abandono total.

En el mismo instante en que Lucy dá golpes á la puerta de vidrieras cerrada por dentro llamando á Speranza y á Battista, una voz que sale del pié de la escalera de piedra la hace estremecer.

Es un jóven aldeano que la dice que no hay nadie en la casa, que está deshabitada desde la muerte de su último dueño.

—¡Cómo! ¿Speranza y Battista han muerto?

—No, no, viven y están en buena salud á Dios gracias. Ahora tienen la posada de la Posta en Mentone. Vendieron esta á un anciano que murió despues.

Lucy respiró mas libremente.

—¿Y... el médico de Bordighera? preguntó temblando; *¿qué ha sido de él?*

—¿El doctor Gabriel? Está tan bueno.

—No, no es el doctor Gabriel; hablo del doctor Antonio, un caballero alto con mucha barba, un siciliano.

—¡Ah! sí, recuerdo de quién quereis hablar; yo no soy del pueblo; ese facultativo se ha marchado de aquí hace mucho tiempo, al menos segun he oido decir.

Lucy tuvo que apoyarse; sus rodillas flaquearon.

—*Y por consiguiente*, dijo temblando de piés á cabeza; ¿no sabeis en dónde está?

—No; y temo que nadie lo sepa aquí.

El jóven aldeano durante este tiempo habia examinado con mucha curiosidad é interés á la hermosa extranjera.

(Se continuará.)

LA MUERTE DE DON FAVILA. (*)

(FRAGMENTO.)

. . . . . .

en el zenit se columpia
tormenta devastadora.

Y vése, á los fulgores
del rayo centellante,
por cóncava garganta
un potro aparecer:
que vuela por los riscos
de Osuna culminante,
cual si de fiebre ardiente
vision pudiera ser.

Clavando en sus hijares
la espuela *ensangrentada*,
sañudo un caballero
provoca su furor.
Y, alzando algunas veces
su voz desentonada:
—¡*A él*!...—*brioso* grita
con furibundo ardor.

Y vése á poco trecho
del bruto desbocado,
selvática alimaña
correr veloz ante él,
rompiendo los brezales
del bosque enmarañado
y huyendo ante las huellas
del rápido corcel.

Las riendas desprendidas
y alzada la ballesta,
caballo y caballero
del oso van en pos...
Y el oso desparece
por la empinada cresta,
la saña y el encono
burlando de los dos.

Ya escóndese la fiera
en tenebrosa gruta,
y en su bóveda umbría
penetra el alazan,
ya sale y ciega emprende
desesperada ruta
y en pos el fiel caballo
se arroja con afan.

Así las cumbres salvan
de peligrosos montes,
vertientes y collados
atrás dejan así,
y *al límite saliendo*
de llanos horizontes,
la fiera y el ginete
se lanzan por allí.

Mas siempre fervoroso
le sigue este la pista
y aquella siempre lejos
renueva su ansiedad,
y corren... como corre
desencajada arista
del huracan en alas
por la aérea vaguedad.

Horrible quebradura
descúbrese allí mismo
que rápida termina
del llano la estension,
y, ante el fragoso borde
de inmensurable abismo,
la fiera se revuelve
y arrójase al bridon.

—¡Socorro!..—diz:—socorro!..
mortal así el ginete;
¡socorro!.. su bocina
reclama con vigor...
El oso vengativo
rugiendo le acomete,
y ahoga de sus labios
el trémulo clamor.

¡Socorro!.. al caballero
la fiera se abalanza...
¡Socorro!... bronco pide...
¡Venid, que solo está!..
¡Ninguno en pos de él llega!..
¡Ninguno á ver se alcanza!..
¡Ninguno... ay! sus clamores,
ninguno escuchará!..

¡Oid, bravos monteros,
el torcedor gemido
que de los aires hiende
la vaga ondulacion!..
¡Oid el eco débil
que exhala extremecido,
con ansias ya de muerte
el infeliz campeon!..

¡Corred, fieles ginetes,
y ahogad vuestros caballos!..
De nobles y valientes
la caridad es ley...
¡Corred, que herido implora
favor de sus vasallos!..
¡Corred, que es don Favila!..
¡Corred, que es vuestro rey!..

¡Y no correis!.. y mientras
con punzadora planta,
la fiera le destroza
vez una y veces mil...
La sangre á borbotones
rodando en su garganta,
sofoca de su aliento
la agitacion febril.

¡*Corred*!.. *de los trotones*
revienten los hijares...
¡Doblad vuestra carrera
y al triste socorred!..
¡Acaso es la esperanza
de vuestros patrios lares!..
¡Corred, que es don Favila!..
¡Corred, corred, corred!..

Ya es tarde!.. moribundo
su cuerpo yace inerte,
en convulsion horrible
inclina la cerviz,
y entre el quejido errante
del estertor de muerte,
el pobre caballero:
—¡Froiliuba!—apenas diz.

¡Froiliuba!.. si supiera...
¡Acaso por su mente
aun giran los vestiglos
de la vision cruel,
y tras sus leves huellas,
en confusion ardiente,
fatídicos augurios
divagan en tropel!

¡Acaso, en ráudo lloro
bañada, la infelice
su vista por el valle
febril tiende al azar
y, asida á los barrotes
de su agimez, maldice
la aurora desgraciada
en que le vió marchar!

¡Quizá, entre las sombras
que traza en la espesura
la caprichosa lumbre
del rayo brillador,
mirar cree de su esposo
la pálida figura,
cuyos abiertos brazos
demandan su favor!

¡Acaso, entre los ecos
que en la tormenta braman
y en roncas vibraciones
á sus cancelas van,
oir cree de su amante
las voces que la llaman,
cual si de vida fuese
su nombre talismán!..

¡Corred, genios alados,
que impulso dais al viento,
cuando en los aires ruge
sañuda tempestad...
Corred, y en breve giro
cruzando el firmamento,
á la infeliz esposa
las cuitas de *él* contad!...

¡Corred, ténues murmullos
que errais entre la brisa,
prestando á los jardines
acento bullidor,
corred con sútil vuelo
por el espacio aprisa,
y á la afligida reina
llevadle ese clamor!...

¡Ya es tarde!... moribundo
Favila yace inerte,
en convulsion horrible
inclina su cerviz...
Y, entre el quejido errante
del estertor de muerte,
con tembloroso labio:
—¡Piedad!...—apenas diz.

Poco despues, cien monteros,
que á socorrerle venian,
ante el cadáver gemian
del infeliz campeon;
y de la niebla arrollando
la tenebrosa espesura,
rodaba por el anchura
descadenado turbion.

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

(*) Esta poesía forma parte de una coleccion de leyendas y tradiciones históricas, en verso, que, bajo el título de *El Trovador de las ruinas*, piensa publicar en breve nuestro amigo y compañero el jóven poeta D. Emilio Martinez de Velasco, dedicada á S. A. R. el Señor Príncipe de Asturias.

© Biblioteca Nacional de España

EL HOMBRE DE LA LLUVIA.

Era uno de esos dias en que la atmósfera, con su uniforme tinta pesa sobre los hombres, en que las nubes parecen desprenderse del cielo, y en que la lluvia, cayendo sin cesar con monotono ruido, inunda la tierra de tristeza y de aburrimiento.

Estos insípidos dias, en que la naturaleza parece quererse convertir en un inmenso monton de lodo, son insoportables en todas partes, y por consiguiente en Berlin. Las calles se transforman en playas desiertas, cubiertas de verdaderos lagos, donde vienen á afluir en desórden los mas fangosos arroyos, los mas negros torrentes: las casas toman un color melancólico, los carruages súcios manando agua á chorros, atraviesan con aire desesperado pantanosos terrenos; y si se encuentra un hombre, de seguro se le oye estornudar.

En tales dias el que se vé obligado á salir á la calle se halla en una situacion bien perpleja. Mojado por arriba, mojado por abajo, salpicado por todas partes, no sabe si ha de cubrir con su paraguas sus piernas ó su cabeza, y si debe ponerse sus chanclos de goma en los piés ó en las manos.

Pues bien, en uno de estos graciosos dias, el portero Rumpelmann se hallaba á la puerta de la casa confiada á su guarda mas áspero todavía que el tiempo. Ya se rascaba la cabeza, en parte calva, lo cual desordenaba su gorro; ya, sacando el pié de su pesado zapato, hacia un gesto cual si hubiese bebido alguna pócima de botica.

«¡Pero Dios mio esto es un verdadero diluvio!» dijo comenzando un monólogo á dos voces.» Ya yo no habia conocido ayer en mis callos que hoy lloveria. Pero esto es demasiado; mientras mas agua barro, mas entra; renuncio pues á mi inútil trabajo.» Y diciendo esto, arrimó la escoba á la pared, y se entró en su cuartucho para buscar un periódico á fin de echar una ojeada á los acontecimientos de la Europa.

En la calle, el agua seguia cayendo á torrentes, no con aquella violencia tempestuosa que hace presagiar su próximo fin, sino con aquella cansada continuidad que desespera. Fuera del incesante caer de la lluvia, ningun otro sonido se oia, solo de vez en cuando el melancólico rodar de algun carruage de alquiler se escuchaba á lo lejos, ó bien el precipitado paso de algun transeunte pedestre, chapoteando en el lodo y echando hácia delante su paraguas en la enérgica actitud del soldado que marcha al asalto, venia á turbar el silencio de la dormida naturaleza.

De repente pasó una jóven, ligera Atalanta, llevando valerosamente su paraguas con ámbas manos. Su trage, artísticamente recogido, dejaba ver un pié pequeño, elegantemente calzado con coquetos botitos, que buscaba los sitios mas secos, ó por mejor decir los menos mojados de la acera.

A diez pasos detrás de ella caminaba un jóven, que parecia pertenecer á la clase media. No llevaba paraguas, y la lluvia corria de su cuerpo al suelo, semejando un sauce lloron cuando se moja.

«He aquí una dama que me parece muy graciosa,» exclamó el tal con viveza al pasar precisamente por delante de la puerta de la casa; y no tener paraguas!... es cosa terrible. Es necesario que yo cese en mi paseo... llueve sin compasion.»

Diciendo esto, penetró en el portal de la casa, y, quitándose su sombrero, le consideró con aire consternado.

«¡Pero esto en rigor no es un sombrero!» dijo; «es una esponja; y eso que me lo habian vendido como impermeable!»

Y diciendo esto se puso á sacudirlo vigorosamente para desembarazarlo un poco del agua que habia penetrado por todos sus poros.

«¿Qué es eso! mire V. lo que hace!» gritó con voz acatarradora el portero, el cual, al salir de su cuarto en el instante mismo con su periódico en la mano, habia recibido toda el agua del sombrero en la mitad de su cara.

«Perdone V.., no lo habia visto!» respondió el jóven, siempre ocupado de su sombrero; en seguida se puso á sacudirlo de nuevo con mayor vigor, si bien en distinta direccion.

«Cómo cómo, eh! Sacuda su sombrero en la calle y no en mi cara.» Exclamó gruñendo el portero, el cual, habiendo cambiado de sitio para librarse del rocion, recibió por lo mismo una segunda y mas abundante ducha.

«Es V. demasiado bueno,» replicó cortesmente el jóven, y sin esperar la nueva patochada que sin duda preparaba el portero, miró á la calle y exclamó con entusiasmo:

¡Oh Dios mio! bien quisiera continuar mi paseo; pero no tengo paraguas. En fin, tal vez me prestarán uno en esta casa.»

Ya se dirigia rápidamente hácia la escalera, cuando el portero con voz de trueno le preguntó adonde iba.

«Voy á ver si hay quien me preste un paraguas, dijo el jóven, subiendo los primeros escalones; pero el portero asiendo de entrámbos faldones de su levita, le hizo bajar, gritando con voz cada vez mas colérica:

«¿No vé V. que las escaleras se acaban de limpiar? Hágame V. el favor de no hacer otra majadería, ó lo pongo de patitas en la calle. Me entiende V.?»

«¿Pero V. no tiene entrañas; ¿Puede V. mirar con ojos enjutos este sombrero?»

Y diciendo y haciendo, cogió el delantal del portero y empezó á enjugar con él su sombrero. Esta audacia inaudita sofocó á tal punto á Rumpelmann que se quedó con la boca abierta y completamente aturrullado delante de su antagonista. Pronto se repuso sin embargo, y arrancó con violencia de sus manos el delantal frotándolo en seguida para que se secase.

El jóven le miró silencioso algun tiempo; luego le dijo con un tono melancólico que parecia particular á su naturaleza.

«¡Hombre cruel! ¿No tendria V. por acaso un paraguas que prestarme?»

«Mi mujer ha salido y se ha llevado el mio, respondió bruscamente Rumpelmann; y aun cuando lo tuviese, tendria el mayor gusto en negárselo á V.»

Esto dicho, se sentó en una silla, volvió la espalda al jóven, y continuó la lectura de su periódico.

«¡Qué amable es este señor!» dijo para sí el jóven; pero sin embargo, volvió á acercarse al portero, le puso suavemente la mano en el hombro, y le dijo con dulce voz:

«¿Quiere V. que le cuente mi historia, señor conserge?... ¿No quiere V. contestarme?... ¿Por qué?... ¿Seria V acaso tan injusto que condenase á un jóven antes de examinar los motivos de su conducta?

Pero yo quiero volver el bien: por el mal; y para ahorrar á V. cualquier penoso interrogatorio, voy á descubrirle mi corazon. A mí me gusta la lluvia. V. no comprende esto, pero no importa. A mí me gusta la lluvia, mas aun, yo adoro la lluvia, y voy á decirle á V. por qué. Aquí donde V. me vé me llamo Wachtel, soy grabador... un hombre que tiene necesidad de luz, de la buena luz del dia. Cuando la lluvia azota mi ventana, hoy por ejemplo, entonces pienso que el destino me favorece, y es como si me dijera: Vamos, Wachtel vé á pasearte y á gozar de la vida, porque tú eres un hombre como otro cualquiera. No pudiendo trabajar, me visto y me echo á la calle. Ay! qué bien hace el pasear, sobre todo cuando se tiene un corazon tierno y sentimental como el mio! Entonces, cuando se tiene un paraguas, se puede prestar un gran servicio á las damas que caminan temerosas por las húmedas aceras. Vea V. aquí por qué, Sr. conserge, yo adoro la lluvia, y vea V. aquí por qué he tenido hoy la dicha de hacer conocimiento con V.»

Durante el discurso del grabador, el portero se habia ido dulcificando poco á poco, y cuando el jóven dejó de hablar, volvió su silla, dejando caer el periódico, del cual en realidad nada habia leido, y dijo con maligna sonrisa:

«Hola, hola! Parece que es V. inteligente en esto de lluvia. Lo propio le sucede al amo de esta casa, un médico, que olfatea el mal tiempo como un podenco á una perdiz. Esta misma mañana señalaba al cielo y me decia: He ahí una nube que amenaza tener diarrea.»

Iba á continuar iniciando á M. Wachtel en los conocimientos meteorológicos de su amo, cuando una criatura vino á llamarle para que frotara la antesala. Rumpelmann se vió entonces obligado bien de mala gana á dejar á su nuevo conocido, el cual se dirigió hácia la calle, donde la lluvia dejaba aun oir su monotona y triste música, y la que continuaba completamente desierta. De súbito los asombrados ojos de Wachtel se animaron con nuevo brillo, su faz se iluminó con una repentina alegria, y sus miradas se fijaron obstinadamente en un objeto que acaba de descubrir á la derecha de la calle.

«Es una dama!» exclamó en fin transportado de gozo, y de un salto se colocó detrás de la puerta.

En efecto, algunos instantes despues, una jóven, sin paraguas entró en el portal; sacudió sus vestidos mojados y penetró mas adelante en la casa.

Hecho esto, volvió hácia la puerta para ver si iba pronto á escampar, cuando Wachet salió repentinamente de su escondite y le hizo un profundo saludo.

La dama, sorprendida, dió un paso atrás, creyendo que fuese algun inquilino que deseaba salir; pero como Wachtel repitiese de nuevo su saludo, se volvió con aire de descontento, dirijiéndose de nuevo hácia el interior de la casa.

Wachtel no estaba dispuesto á dejarse despedir tan fácilmente. Persiguió con rápido paso á la dama, dirijiéndole por fin un tercero mas profundo y mas respetuoso saludo, acompañándolo con estas palabras, dichas con voz tierna y melancólica.

HABIA COJIDO EL DELANTAL DEL PORTERO.

«Se ha equivocado V., señora, no queria pasar... Además, ¿cómo pudiera yo pensar en salir á la calle con semejante tiempo?»

La dama se dirigió á otro lado del portal, y volvió de nuevo la espalda á Vachtel. Este tornó á aproximarse, y la dijo con almivarado tono:

«Perdone V., señora, he olvidado hacerle mi presentacion... Me llamo Vachtel; soy grabador, y salgo cuando llueve, para prestar mis servicios á las personas que no han tenido la prudencia de preveer el mal tiempo.

—»Doy á V. gracias, caballero,» respondió la dama con tono cortés pero frio; «no tengo necesidad de nadie y espero á mi marido que debe pasar por aquí.»

—»Su señor marido de V. es por lo visto el mas feliz de los mortales,» replicó el jóven sin desconcertarse; «pero aquí en este portal, expuesta al aire, vá V. indefectiblemente á constiparse. No me atrevo á ofrecerá V. mi brazo y mi paraguas, porque no tengo paraguas; solo puedo ofrecer mi brazo... Acéptelo V., señora, yo se lo suplico.»

La jóven se volvió un poco y miró á su interlocutor. Vió que su atrevimiento nacia en parte de un exceso de cortesía, exceso muy raro hoy, y aunque esto le hizo mirarlo con alguna indulgencia, se resolvió sin embargo á darle una buena leccion.

»Es V. muy jóven, caballero, le dijo, y quizá no sabeis aun que se corre riesgo de ofender á una mujer cuando uno se le muestra exageradamente solícito. Yo le aconsejo, si quiere evitar lecciones mas severas, que modere ese carácter demasiado servicial. Para librarme de él voy á pedir al conserge de esta casa una hospitalidad que espero no me rehusará.» Y diciendo esto hizo la leve inclinacion de cabeza y entró en el cuarto del Rumpelmann.

Wachtel, reducido al silencio, la siguió con los ojos, mostrando confusion y arrepentimiento, despues se puso á medir el terreno á pasos ya á lo largo y ya á lo ancho, mientras reflexionaba acerca de las advertencias que acababan de dirijírsele con tanta firmeza como dulzura.

En una de estas evoluciones, tropezó de improviso con un objeto flexible y mojado que no se hallaba allí un momento antes. Era un extranjero que cerraba su paraguas. Una idea súbita iluminó como un relámpago la mente del grabador. El extranjero tenia en efecto un paraguas, y un paraguas era el objeto á que se dirigian todos los deseos de Wachtel. Este juntó sus suplicantes

© Biblioteca Nacional de España

manos, y rogó con la mayor eficacia al extranjero le prestase su paraguas solo por una hora, diciéndole que en ello le iba la vida á un hombre, y que se lo volveria seguramente menos mojado de lo que entonces lo estaba. Entregó una targeta suya al caballero, el cual compadeciéndose de aquel infeliz, le alargó riéndose su paraguas; al mismo tiempo le dijo su nombre, y subió con presteza la escalera, puesto que era uno de los inquilinos de la casa. Wachtel agitó el paraguas con aire de triunfo, y salió á la calle para ver si continuaba todavía el aguacero.

(*Se concluirá.*)

ENSANCHE DE CADIZ.

Ha dias que nuestro estimable cofrade gaditano *El Precursor* viene consagrando una série de excelentes artículos á la necesidad del ensanche de Cádiz. El asunto es de tan vital interés que vamos tambien á ocuparnos de él, no con pretensiones de decir nada nuevo, sino con el solo objeto de llamar la atencion de las personas que esto lean acerca de los expresados escritos, llenos de exactísimas ideas y de copiosos datos. Esto y no mas nos proponemos.

Que nuestra poblacion necesita ensancharse, y ensancharse mucho, es cosa que está en la conciencia de todos; pero es el caso que la conciencia sola no basta para ensanchar una poblacion, y de ahí es que ya no lo esté; se necesita pedir, gestionar, moverse en una palabra; porque lo que en casi todas partes es cosa sencilla, fácil, consecuencia natural, en fin, de las necesidades de un pueblo que crece, aquí se presenta erizado de dificultades que no bastan á resolver ni el deseo ni el interés individual. Cádiz es una plaza amurallada, y las murallas pertenecen, no ya á la poblacion, sino al estado. Cádiz no puede resolver este punto por sí sola, pero puede clamar para que se resuelva en beneficio suyo; puede clamar para que se le dé terreno, que hoy no tiene, porque aunque lo tenga es como si no lo tuviese, puesto que no puede disponer de él.

No hay gran ciudad en el mundo, de las que cuentan cierta antigüedad, que no haya tenido murallas en algun tiempo. Cádiz las tuvo tambien, y si esa razon hubiera valido algo para nuestros progenitores, si á toda costa se hubiera querido entonces respetar lo existente, esta es la hora en que Cádiz viviria encerrada en el recinto que le trazó Don Alonso el Sábio, y que el arco del Pópulo, el de la Rosa y el de los Blancos serian todavia las puertas de nuestra ciudad, la cual se veria reducida á la media docena de calles estrechas, miserables y súcias comprendidas en aquel mezquino espacio. ¡Ciertamente que haríamos un brillante papel en el mapa de España!

Pero Cádiz ya no cupo en Cádiz, que es lo que en rigor si no le sucede ahora está por lo menos muy á punto de sucederle: prescindióse de sus respetables y veneradas murallas, y se alzó primero el barrio de Santa María, que por malo que hoy nos parezca fué ya un adelanto tal que mereció los encomios mas cordiales del Padre Concepcion en su *Emporio del Orbe*, libro curioso por demás, en el que se intenta demostrar que los Macabeos y la Virgen Santísima pertenecian á estirpe gaditana. Tras aquel barrio se fundó el de Santiago, y luego los demás en proporcion de la importancia y vecindario de este pueblo. Conforme iba creciendo la ostra, crecian tambien sus valvas, como era consiguiente; pero es el caso que la ostra sigue creciendo, y que le sucede lo que al niño que ya no cabe en su cuna y necesita una cama. Ello es preciso; el niño vá siendo grande, y no ha de dormir haciéndose una rosca como los perros.

Decia Fígaro que la poblacion de Madrid al crecer, no se salia por las puertas, como era lo natural, sino por arriba, como se sale el chocolate cuando hierve. Búscase, no *la tierra, sino las nubes, y en* vez de hacer una casa, se hacen otra y otras sobre aquella, con lo cual se quita la luz y se dificulta la circulacion del aire. Como las calles no pueden ensancharse en proporcion, resulta que los transeuntes ven solo como por cerbatana una ceja de cielo: así el que vive en un piso bajo está seguro de no ver nunca la cara del sol, á menos que no vaya á buscarlo á sitio mas despejado.

¿Y qué dirá á esto la higiene pública? Esta señora está muy en su derecho para decir lo que quiera, pero el propietario que labra solo tiene en cuenta que una casa de cuatro pisos habitables le cuesta mucho menos que dos de á dos, especialmente si labra en sitio donde vale muy caro el terreno, y siendo el terreno en Cádiz tan escaso, resulta que vale mucho. De aquí es que creciendo la poblacion se hayan de encarecer las casas, y como por otra parte no hay aquí donde hacer nuevas en el número que las necesidades exigen, al menos mientras tropecemos por todas partes con el mar y con las murallas, vendremos á tener lo que hoy tenemos, es decir, precios de alquileres exhorbitantes y aterradores.

No hay pues medio: ó ser propietario ó tenerse que poner á dieta ténue, si es que se ha de vivir en una casa. Si esto sigue así, si las subidas continúan menudeando en la escala ascendente que llevan, la mitad de la poblacion tendrá que acamparse en la Caleta ó en el paseo del Peregil, á menos que no se permita habitar en carros, á ejemplo de la familia propietaria del panorama que há meses se levantó en la plaza de la Cruz de la Verdad.

Pero ni aun ese medio extraordinario pudiera intentarse si la poblacion continúa siendo lo que es, puesto que ni para eso tenemos terreno dentro de nuestros muros. El ensanche es por este concepto *de absoluta, de apremiante necesidad, fuera de ser*lo además por otras consideraciones.

En Cádiz las grandes fábricas, los grandes talleres no son posibles, porque no hay donde se coloquen, y aun colocados, no hay donde dejen de obstruir, de molestar.

La poblacion, hacinada materialmente, no deja hueco para el establecimiento de muchas industrias que darian ocupacion á muchos operarios y mucha riqueza al pueblo. ¿De qué le sirve á éste la mayor facilidad que su situacion marítima le ofrece para proveerse de las primeras materias y para dar salida á sus productos, si estas ventajas las pierde por falta de espacio?

Hemos pugnado, hemos clamado, hemos hecho sacrificios para tener un ferro-carril que llegue á nuestros muros. Pues bien, ese ferro-carril lo tenemos ya. ¿Qué nos prometemos con él? Sin duda que Cádiz aumente en importancia, en tráfico y forzosamente en poblacion. ¿Pero cómo aumenta una poblacion si no se le proporciona terreno donde vivir? Así pues, mientras dure el actual estado de cosas, el ferro-carril no puede dar los resultados que de él se esperan, y solo habremos conseguido el poder ir al Puerto, á Puerto Real ó á Jerez, no mas pronto que antes, pero sí con alguna mas comodidad. Esto habrá de ser todo.

Respecto á los medios de ensanche, á los medios de adquirir ese terreno que á toda costa necesitamos, diremos poco, puesto que es una cuestion acerca de la cual faltan aun datos. El formar terreno robando espacio al mar, tras de su escesivo costo, es probable que no llenase sino muy imperfectamente el objeto, puesto que, segun tenemos *entendido, gran parte de ese* no muy estenso terreno se reservaria para las obras del puerto proyectadas.

Queda pues como única mira la Puerta de Tierra, y aquí sí que nos tropezamos de lleno con las murallas, no solo porque nos cierran el camino, sino porque las ordenanzas no permiten construcciones de cierta solidez dentro del radio correspondiente al tiro de cañon de plaza. Y preguntamos ahora nosotros aunque sea curiosidad: ¿cuál es el alcance de un cañon hoy dia de la fecha? ¿Cuál lo será mañana? ¿Será cosa que para buscar el estremo del radio de alcance, y por tanto el punto donde se autorizan construcciones, tengamos que irnos hasta Sancti Petri? ¿Será cosa que hayamos de demoler á Puerto Real porque Mr. Amstrong ú otro tal nos lo deje dentro del tiro?

Barcelona y otras plazas han visto con gran placer suyo caer sus murallas, San Sebastian seguirá á aquellas muy pronto, la citada capital del Principado gestiona porque desaparezca su ciudadela. Si Cádiz no hace lo mismo, resígnese á no llegar á conseguir nunca la importancia á que está llamada por su posicion geográfica, porque el general impulso á que España entera obedece, la poblacion que no marcha, evidentemente ha de quedar olvidada en un rincon.

Concluiremos recomendando de nuevo los artículos que acerca de este importante punto ha publicado y publica el ya antes citado *Precursor*.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE MUARÉ ANTIQUE LILA. — Lo bajo de la enagua está guarnecido con tres tiras de felpa blanca separadas por un intervalo de 6 centímetros, teniendo la primera 8 centímetros de ancho, la segunda 7 y la tercera 6. El corpiño es liso y abotonado. Las mangas, semi-anchas, tienen por el borde una tira de felpa de 4 centímetros de ancho; otra tira algo mas ancha forma un jockey al rededor de la sisa. Talma igual al trage, entretelada, forrada de tafetan blanco pespunteado, con guarnicion de felpa. Sombrero de terciopelo lila y blonda blanca, adornado por abajo con una rosa salpicada de rocío.

VESTIDO DE NIÑA.—Trage de popelina color de fieltro, con filetes negros formando cuadros: este trage está guarnecido con dos tiras de terciopelo encarnado. El corpiño es una chaqueta con chaleco, que se cierra con botones de terciopelo encarnado. Tiras de esta última tela y color guarnecen la chaqueta.

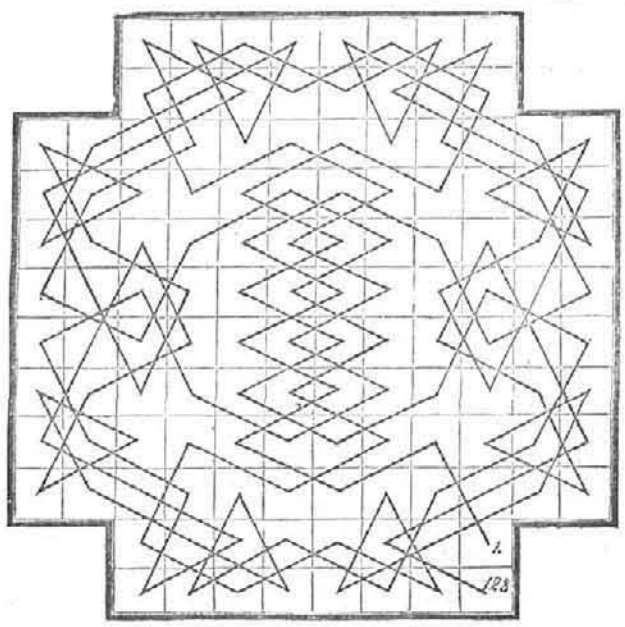
TRAGE DE TAFETAN NEGRO.—Lo bajo de la enagua lleva dos volantes encañonados, el uno de 6 y el otro de 5 centímetros de ancho, sobre el cual corre una tira de tafetan blanco de 4 centímetros, orlada por arriba y por abajo con un guipur negro estrecho, y rayada por 5 cintas muy estrechas de terciopelo negro. A 5 centímetros de distancia se ve otra guarnicion igual á la anterior. Corpiño montante, abotonado; en cada delantero lleva una tira y cuatro alamares de tafetan blanco, de longitud graduada de abajo arriba, rayados con tiras de terciopelo negro y con orla de encage. Las mangas, semi-anchas, van guarnecidas con las mismas tiras y con cuatro alamares que llegan hasta el hombro.

EL SALTO DEL CABALLO.

SOLUCION AL DEL NUMERO ANTERIOR.

Letrilla antigua.

En la cumbre, madre,
tal aire me dió,
que el amor que tenia
aire se volvió.
Madre, allá en la cumbre
de la gentileza
miré una belleza
fuera de costumbre,
cuya pura lumbre
ciega me dejó,
que el amor que tenia
aire se volvió.
Dulce ausente mio,
no te alejes tanto,
mueva ya mi llanto
ese pecho frio;
mas ¡ay! que un desvio
tal pena me dió
que el amor que tenia
aire se volvió.



ALMANAQUE ENCICLOPEDICO.

Agotadas las dos numerosas ediciones que de esta publicacion hicimos nos vemos precisados á manifestar que en adelante no podremos servir los pedidos que se nos dirijan; lo que advertimos para evitar molestias á los que nos quisieran aun favorecer.

Cádiz 24 de Enero 1863.

EL ADMINISTRADOR.

A TODA PERSONA QUE ANTES DE SUSCRIBIRSE QUIERA CONOCER A FONDO LA PUBLICACION SE LE REMITIRÁ UN NÚMERO GRÁTIS.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

n.º 4.

© Biblioteca Nacional de España